

I am, etc.

Rubén Grilo, 2017

PARTE I. ENVIDIA DE LA CLASE TRABAJADORA

Tras diez años de trabajo, la joven artista contemporánea se sentó a reflexionar sobre el futuro. Había decidido gastarse los ahorros en la construcción de un estudio, para tener siempre un sitio donde trabajar y acabar de una vez por todas con el tejemaneje de las mudanzas. Pero ahora se daba cuenta de que hacer un edificio, por más pequeño que fuera, se parecería demasiado a hacer una escultura. “Tendré que contratar arquitectos para distanciarme”, pensó, mientras repasaba mentalmente sinónimos de ‘delegar’ —como ‘ceder’, ‘subrogar’ o ‘comisionar’. Palabras con las que se sentía cómoda, acostumbrada como estaba a fabricar sofisticados armazones conceptuales para distanciarse de su propia obra.

Aún sabiendo que ella se reflejaría inevitablemente en el ancho de las puertas, en la altura de los peldaños, y así sucesivamente, fantaseaba con diferentes formas de no tomar parte. Tuvo varias ocurrencias, hasta que decidió que se pondría al servicio de los arquitectos a pie de obra, construyendo el estudio con sus propias manos. Si su cuerpo no podía desaparecer, que al menos desapareciera su voluntad. Se limitaría a obedecer como una trabajadora de cuello azul. “Ladrillo a ladrillo, me quitaré de encima todo el peso de las decisiones”, se dijo. Y se instaló en esa idea con una mezcla perfecta de alivio y vergüenza.

PARTE II. ENSAMBLADURAS

Le avergonzaba pensar que al usar las manos ya no tendría que usar la cabeza, porque sabía que en realidad, el trabajo exigía muchas competencias. Y para averiguar si estaba preparada, imaginó una lista con materiales de construcción y los ordenó de acuerdo a sus propiedades. “Un edificio es la armonía entre la unidad interna de sus elementos y el aislamiento del exterior”, leyera una vez. Así que dibujó una línea y puso a un lado los materiales de unión y al otro los aislantes. “Al fin y al cabo”, razonó, “construir es juntar y separar cosas”.

Hasta que descubrió que algunos materiales no encajaban porque cumplían más de una función. Y entonces recordó que ni las uniones ni los materiales más fuertes eran los mejores. Pensó en el chasis de un coche que se aplasta y el vidrio templado que se desmenuza para proteger a los ocupantes, y en las ensambladuras de madera y lo importante que era la flexibilidad de las juntas. Y entonces empezó a dudar de todas las uniones y de todos los aislantes. También pensó en la importancia de las sustancias y los estados intermedios, en el líquido de las articulaciones, en la grasa de las piezas mecánicas; en los materiales tolerantes, porosos y transpirables; en las membranas, en la piel y los capilares sanguíneos; y siguió rumiando hasta que solo quedaban excepciones.

PARTE III. SOY SISTEMA

Luego posó el café, y mirándose la mano comprobó que su yo permanecía intacto a pesar de las cavilaciones. Como la imagen que brota de los píxeles, o las figuras que existen a pesar de los cambios entre los fotogramas de una película, el ego emergía contra viento y marea. Cualesquiera fueran sus materiales de unión, se presentaba como un sistema cerrado y continuo de ‘armonía entre la unidad interna de sus elementos y el aislamiento del exterior’. Un pegamento irrompible.

“Para acabar con los sesgos, con el bochorno del estilo, con la propiedad o con las patrias, primero hay que acabar con el sujeto”, sentenció. “¿Ayudará la red a disolverlo o al revés, potenciará y retroalimentará sus mitos? ¿Cómo parar la maquinaria que empuja a la autoproducción del yo, a la capitalización y distribución perpetua del tiempo de vida? ¿Cómo parar de trabajar cuando el trabajo es todo —lo que se sabe hacer y lo que podemos saber al instante? Cómo escapar el *branding*, el estampado permanente? ¿Cómo romper el lastre del trabajo pasado en un mundo en el que prima la consistencia del perfil? ¿En qué momento yo misma, que con tanto ahínco defiendo la emancipación política, he deseado replegarme y limitarme a ser su más humilde y obediente servidora?